

El sentido de las palabras

Ángela Pradelli

Ese viernes Sara llegó a casa más tarde. Yo la había estado llamado desde temprano, pero ella recién atendió el celular poco después del mediodía y apenas si pudimos hablar.

—Tengo un día complicado, Mario —me dijo—, después te llamo.

Sara trabajaba en un laboratorio de medicamentos, era la secretaria del presidente y a veces no tenía tiempo ni para almorzar. Antes de las tres de la tarde le mandé un mensaje para preguntarle si quería que sacara entradas para ir esa noche al teatro. No me contestó, pero yo sé que hay días en los que el trabajo en el laboratorio se complica muchísimo y no hay tiempo ni para contestar mensajes. Habíamos estado toda la semana hablando de la nueva puesta de Rey Lear, así que cuando vi que pasaban las horas y Sara no me llamaba, compré por Internet dos entradas para esa misma noche, las únicas dos que quedaban en todo el fin de semana. La función empezaba a las nueve, pero nos sobraría tiempo porque Sara siempre llegaba a casa entre las seis y las siete.

Ese viernes Sara llegó más tarde. No bien entró, se sentó en el sillón doble del living y me anunció que se tomaría una semana de vacaciones.

—¿Vacaciones en mayo? —le pregunté.

—¿Y por qué no?

—Es la primera vez que te tomás vacaciones a esta altura del año.

—Ya era hora entonces —dijo ella.

—¿Y qué dijeron en el laboratorio?

Se acomodó en el respaldo, apoyó la cabeza y cerró los ojos.

Sara es una mujer hermosa. Tiene un rulo rubio que le cae sobre la frente, un mechón abundante y rebelde que cada tanto tira hacia atrás con un movimiento de la cabeza. El mechón se le acomoda en el casco, pero en esos breves instantes, con su frente grande y despejada, Sara no parece ella, sino otra mujer. Por las noches, cuando nos acostamos, el mechón rubio de Sara reposa desparramado sobre su cara.

Ese viernes Sara llegó del trabajo, anunció sus vacaciones y dijo que estaba cansada. Cuando la vi así, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados, no me animé a decirle que teníamos que salir apurados porque había sacado entradas sin consultarle para la función de Rey Lear que empezaba a las nueve. Sara se fue a dormir temprano y durante el fin de semana, salvo para ducharse o preparar algo liviano en la cocina, casi no se levantó.

El lunes me fui preocupado a trabajar y la llamé varias veces durante el día.

—¿Te sentís bien? —le pregunté.

—Sí, solo que estoy con mucho cansancio —dijo Sara—. No te preocupes, Mario, que no es nada. Debe de ser el estrés del laboratorio.

Ese primer lunes de las vacaciones de Sara, volví temprano a casa y la encontré cocinando una tarta de pescado. Abrí una botella de vino blanco y servimos la tarta con endibias y unas almendras partidas. Comimos los dos con ganas, y apenas si sobró una porción chica y un resto de ensalada.

—¿Qué hay de postre? —le pregunté.

Sara me miró, tomó lo que quedaba de la copa de vino, se levantó, fue hasta la cocina y volvió con las manos vacías.

—¿A qué te referís, Mario? —me preguntó.

No supe qué decir. Ella ahí parada, el rulo sobre la frente, los ojos un poco vidriosos. Nosotros siempre tenemos en la heladera un pote de helado. A los dos nos gusta más lo dulce que lo salado. Incluso las noches que decidimos no cenar, comemos un bocado dulce, por eso en casa nunca faltan algunas porciones de tiramisú o de tarta de frutillas.

—¿A qué te referís cuando me preguntás por el postre?

Esa noche Sara se acostó no bien nos levantamos de la mesa. Yo no le había contado lo de las entradas de Rey Lear porque sabía que se iba a amargar, pero ese primer día de vacaciones, ya estábamos en la cama y con la luz apagada cuando volví sobre el tema.

—¿Querés que saque entradas para mañana así aprovechamos tu semana de vacaciones? —le pregunté mientras le acariciaba el mechón sobre la frente.

Sara se hizo la dormida y no dijo ni que sí ni que no.

Cuando nos casamos a mí no me gustaba el teatro y hasta llegué a quedarme dormido en medio de alguna función. Pero la verdad es que Sara me fue explicando muchas cosas no solo en relación con los autores, sino también con la escenografía, la iluminación y el vestuario. De a poco el teatro empezó a gustarme y terminamos compartiendo la misma pasión. Para nosotros el fin de semana y el teatro siempre fueron la misma cosa. Muchas veces íbamos a cenar después de la función y casi siempre terminábamos de recorrida por la avenida Corrientes comprando libros que Sara devoraba en una semana. Los domingos leíamos el suplemento de espectáculos y seleccionábamos las obras para el siguiente fin de semana. Tenemos gustos diferentes y a veces discutimos sobre qué obra ir a ver, pero eso es otra cosa. Yo siempre hacía una pequeña cruz al lado de los títulos; ella, en cambio, hacía un círculo que lo abarcaba todo: la dirección del teatro, los actores y los horarios. A Sara no le gusta cerrar los círculos, así que siempre dejaba un tramo abierto antes de terminar el contorno. Sara tiene un trazo suave y firme al mismo tiempo. A veces agregaba uno o dos signos de admiración cuando la obra tenía una buena crítica o cuando era una recomendación de alguno de sus compañeros de laboratorio. Y aunque no era lo más frecuente, a veces escribía en el margen una palabra o una frase corta. Como dije, tenemos gustos diferentes, por lo que solo a veces mis cruces coincidían con sus círculos. En el suplemento de espectáculos, Sara había hecho un círculo alrededor del aviso de Rey Lear y al lado de Alfredo Alcón había puesto la frase “un Dios” entre signos de admiración. Por eso la llamé por teléfono al laboratorio ese viernes, para preguntarle si quería que sacara entradas para esa misma noche.

El miércoles el jefe de Sara me llamó al celular. Estaba preocupado por ella, quería saber cómo seguía su salud, si ya teníamos el diagnóstico y si Sara había empezado algún tipo de tratamiento. Tragué saliva. Hubiese querido hablar con ella personalmente, pero no aguanté hasta la noche y la llamé a casa.

—Me estás mintiendo —le dije—. No estás de vacaciones, ¿no? Estás de licencia.

—No, Mario —dijo ella—, ¿licencia en qué sentido?

—Decime qué tenés —le ordené.

—¿En dónde? —me preguntó.

—Sara, contestame, ¿por qué te dieron licencia en el trabajo?

—¿Licencia? Por favor, Mario, ¿qué querés decir?

—¿Me podés explicar qué está pasando?

—¿En qué sentido me lo preguntás?

—Si estás enferma, yo tengo que saberlo.

—Mario, ¿vos me ves enferma a mí? —me preguntó.

Sara, ya lo dije, es una mujer hermosa, pero algo había empezado a cambiar en ella, en su aspecto. Además, hacía días que estaba un poco callada, no sé, yo no podía decirlo con exactitud, pero la veía como apichonada. Esa noche, ya en casa, mientras tomábamos el café con unos bombones de menta, volvió a preguntarme.

—Mario, ¿vos me ves enferma a mí?

—No —le dije. Enredé mi dedo en su rulo y me acerqué para besarla—. Te veo hermosa.

Ella me miró, estábamos cada vez más cerca.

—Ese mechón...—dije, y nos besamos.

Sentí el frescor de la menta en el hueco de su boca. Todavía estábamos abrazados cuando Sara me preguntó al oído:

—Mario, ¿qué es un mechón?

Recién cuando encontré la libreta y el diccionario en su mesa de luz entendí la gravedad de lo que estaba pasando. Es una libreta artesanal que el presidente del laboratorio les regaló a todos los empleados por el día de la sanidad. En la segunda hoja Sara había hecho un listado de palabras y había buscado sus significados en el diccionario. Con su letra suave y firme había escrito:

Firma: nombre y apellido de una persona que pone su rúbrica al pie de un escrito. Sello, estilo característico de algo o de alguien.

Cobrar: percibir una cantidad adeudada. Sentir ciertos estados de ánimo o afectos (cobrar valor, entusiasmo).

Causar víctimas (La enfermedad se cobró muchas víctimas).

Pagar: dar a alguien el dinero que se le debe o le corresponde.

Teatro: arte de componer obras dramáticas.

Postre: dulce o golosina que se sirve al final de las comidas.

Licencia: cesación temporal del trabajo, autorizada por la ley o los superiores.

Enferma: que padece enfermedad, alteración más o menos grave en la salud del cuerpo o de la mente.

Mechón: porción de hebras de pelos que se separan del resto.

Fuimos juntos a la primera consulta con el neurólogo y aunque entré con ella al consultorio, Sara se sentó sola al escritorio y yo me quedé unos pasos más atrás. Desde allí me pareció verla todavía más apichonada.

—¿Cómo se siente, Sara? —le preguntó el neurólogo.

—¿Yo? Bien, doctor. Sí, estoy bien.

El médico se reclino en el sillón.

—¿Tiene alguna molestia, algo que usted note?

—No, estoy bien. Bueno, a veces me canso un poco, cuando camino mucho, por ejemplo, pero lo demás está todo bien.

—Y cuando habla con los demás, ¿nota algo diferente con respecto a un tiempo atrás?

—Puede ser, a veces no entiendo bien lo que me dicen.

—Ajá... no entiende lo que le dicen.

—A veces, doctor, no siempre, algunas cosas nomás.

—¿Desde cuándo? —preguntó el neurólogo.

—¿Qué cosa? —preguntó ella.

—¿Cuánto hace que le pasa esto?

—Y a veces tampoco me salen las palabras, doctor, algunas palabras. Quiero decir algo y no puedo.

—¿Hace mucho que le pasa esto?

—Hace un tiempo... bastante.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó el neurólogo.

—¿Yo? —dijo ella—, Sara.

—¿Cuántos años tiene, Sara?

—¿En qué sentido me lo pregunta?

—¿Podría decirme los números del uno al diez?

Sara me miró.

—¿Los números me pregunta el doctor, Mario?

—Sí —dijo el neurólogo—, uno, dos, tres.

—Ah, sí, —dijo Sara—, perdone, doctor, es que no le había entendido. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez.

—Perfecto —dijo el neurólogo—, ¿sabe sumar, Sara?

Ella volvió a mirarme, pero enseguida bajó la cabeza como buscando una respuesta.

—No, doctor, sumar no sé —dijo—, ¿usted a qué se refiere cuando dice sumar?
—¿Cuánto es dos más cuatro?
—Seis.
—Muy bien, ¿y seis más siete?
—Trece.
—¿Y sabe sumar usted?
Ella dudó.
—Sumar era... —dijo—, ¿qué era sumar, Mario? —me preguntó.
—¿Usted trabaja, Sara? —le preguntó el neurólogo.
—Sí.
—Y ahora está de licencia, ¿no?
—¿Licencia? —preguntó Sara desconcertada— No me suena esa palabra, ¿qué vendría a ser una licencia?
—¿Trabaja en un laboratorio?
—No, no, que yo sepa no, pero trabajo, sí, trabajo. ¿Qué sería un laboratorio para usted?
—¿De qué trabaja?
—Soy la secretaria del presidente.
—¿Y cómo se llama el presidente?
—Se llama...
—¿Es su jefe?
—Sí, es mi jefe. Se llama...
—¿Hace cuánto, Sara?
—¿Que es mi jefe?
—Sí.
—Ocho años ya.
—¿Y cómo se llama su jefe?
—¿Cómo se llama? —se preguntó Sara con la vista clavada en sus manos.
Yo permanecí callado durante toda la consulta, solo interrumpí una vez y fue porque me parecía importante que el neurólogo supiera lo de la libreta.
—¿Y qué anota? —le preguntó a Sara—, ¿hace listas de palabras que se olvida?
—No, no me las olvido, doctor, es más bien que no sé lo que quieren decir, no las entiendo.
—Por eso busca su significado en el diccionario —aclaré yo.
—Y lo voy anotando al lado de cada palabra —completó Sara.
—¿Cuánto hace que escribe la lista de palabras que no comprende?
—Bastante.
—¿Una semana?
—Un poco más.
—¿Un mes?
—No, más —dijo Sara.
—¿Cuánto? —insistió el neurólogo.
—Desde el invierno pasado.

Tuvimos muchas consultas antes de saber el diagnóstico. Varios estudios de alta complejidad también. En cada consulta el neurólogo le preguntaba a Sara por episodios que pudieran estar relacionados con la falta de comprensión que Sara experimentaba con algunas palabras. Después de varias consultas, supimos el diagnóstico. El neurólogo dio varias vueltas antes de largarlo y fue lo más cuidadoso posible, pero cuando lo dijo nos desconcertó.

—Demencia semántica —dijo.

Y en ese momento no supe cuál de los dos, si era Sara o era yo mismo el que no terminaba de comprender del todo el sentido de las palabras.

El neurólogo dijo que la demencia semántica no tiene cura y es progresiva. También dijo que no hay ningún tipo de medicación.

Esa misma semana le pedí otra consulta al neurólogo, pero fui sin Sara. No podía perdonarme no haberme dado

cuenta antes de lo que le estaba pasando. Ahora, mirando desde acá, Sara había tenido muchos signos que yo había dejado pasar porque los confundí con olvidos lógicos o cansancio, pero para decir la verdad, ya hacía un tiempo que algunas reacciones de Sara habían empezado a desconcertarme. Sí, ahora lo entendía, eran signos de la enfermedad que empezaban a aparecer de a poco, pero yo no supe darme cuenta de eso. Seis meses atrás, para las fiestas, por ejemplo, la acompañé a comprarse un perfume. Pagó con tarjeta y cuando la empleada puso el ticket frente a ella y le pidió que lo firmara, Sara ni se movió.

—Mirá lo que me pide, Mario —me dijo.

Yo pensé que Sara lo decía por el precio. Era un perfume importado y caro, y pensé que se refería al monto, que le parecía una exageración. Controlé el ticket y volví a dejarlo sobre el mostrador.

—Está bien, Sara —le dije—, firmá.

Ella miró a la empleada, después a mí, se dio media vuelta y salió de la perfumería.

—Me hacen perder el tiempo, señor —me dijo la empleada y rompió el ticket de la tarjeta.

Pasé por la caja, pagué en efectivo y salí con el perfume. Sara me esperaba en la puerta.

—¿Por qué hiciste eso? —le pregunté.

—¿Y qué tendría que haber hecho, a ver? —me contestó.

—Firmar, querida, firmar —le dije y crucé la calle.

Sara me siguió y cuando se me puso a la par, caminó casi una cuadra entera musitando: «Firmar..., firmar...». Sin embargo, en ese momento no pude verlo. Ahora no me explico cómo no me di cuenta de que algo estaba mal, pero es así, en ese momento todo parecía normal y no pude verlo. Lo que pensé fue que, tal vez, la empleada le había dado primero un precio y después había terminado cobrándole otro, y por eso Sara había tenido ese arranque de irse de la perfumería y dejar plantada a la vendedora. Si uno quiere, encuentra una explicación para cada cosa que resulta extraña. Siempre hay un argumento a mano para ver como normal incluso lo más raro. Eso sí, el día de la primera entrevista con el neurólogo ya no tuve dudas de que todas las escenas extrañas de Sara, sobre todo las de los últimos meses, estaban relacionadas con su enfermedad.

Lo primero que le pregunté al neurólogo el día que fui a la consulta sin Sara fue por qué. Por qué a ella, por qué ahora, por qué. Él me dijo que si bien hay algunas hipótesis sobre las causas, todavía no existe ninguna certeza. Le conté al neurólogo el episodio de la perfumería y también algo que había pasado hacía un mes con el repartidor de diarios. El pibe me advirtió que no iba a dejarnos más el diario porque Sara no le quería pagar.

—¿Cuánto te debe? —le pregunté.

—Tres semanas —me contestó el pibe.

Le pagué y le dije que se quedara con el vuelto.

—Está rara su señora —me dijo—. Cuando vengo a cobrar, me dice: «Ah, ¿a cobrar?, ¿te tengo que cobrar?». No, le digo, usted tiene que pagarme, y ella me pregunta: «¿Qué me querés decir?» Hace tres semanas que me hace lo mismo, no quiere pagarme.

El neurólogo quiso tranquilizarme, me dijo que por más que hubiéramos notado estos síntomas antes, no hubiéramos podido hacer nada. A mí me cuesta entender eso, que no se pueda prevenir la enfermedad, que Sara no pueda hacer algún tratamiento o tomar una medicación específica. Le dije al doctor que la notaba más callada los últimos días, como ensimismada por momentos, y me explicó que lo peor de la enfermedad no es la falta de comprensión ni los olvidos, sino la tristeza. No dijo tristeza, en realidad, dijo depresión. Los pacientes se olvidan el nombre de las cosas y también van perdiendo el sentido de algunas palabras, pero intelectualmente siguen funcionando muy bien y por eso la enfermedad los deprime. Hizo un silencio breve y tomó aire antes de seguir. Lo más difícil para estos enfermos, dijo, es que son conscientes del propio deterioro en el lenguaje.

Aunque no se lo conté ese día, pensé que tal vez aquel episodio de Sara en las últimas vacaciones también tenía que ver con la enfermedad. Estábamos en Mar del Plata y a Sara se le ocurrió ir a la peluquería. Yo me había quedado esperándola en el hotel y estaba leyendo en uno de los sillones del hall cuando Sara volvió de la peluquería con el nuevo corte. Entró al hotel pálida y atravesó el hall con la vista perdida. El peluquero le había rasurado el mechón, y no era que le quedara mal ese corte, pero con la cara despejada no era ella, la verdad, sin el mechón partiéndole en dos la frente no era ella.

—Ese peluquero me dijo una cosa y me hizo otra.

—¿Por qué te cortaste así? —le pregunté.

—Me explicó mal —dijo Sara—. No se le entendía nada cuando hablaba y mirá cómo me dejó. No puedo salir a la

calle así —me dijo.

—No exageres, Sara —le dije—. Además, es un corte más moderno, te hace más joven.

—Mario, por favor —me rogó como si yo pudiera hacer algo—, necesito mi mechón.

Durante las dos semanas que nos quedaban en Mar del Plata, Sara se hizo llevar la comida al cuarto todos los días y no se movió de la habitación. Salía apenas unos minutos cuando la mucama iba a limpiar, pero se quedaba esperando en el pasillo y casi siempre volvía a entrar en el cuarto antes de que la muchacha terminara su trabajo. Discutíamos todas las mañanas. Cómo se iba a quedar todo el resto de las vacaciones adentro, con esos días de sol y calor que nos habían tocado, el mar enfrente del hotel, solo teníamos que cruzar la calle y estábamos en la playa. Peleábamos cada mañana por este asunto, pero no hubo caso. Yo terminaba yéndome solo y no volvía al hotel ni siquiera para almorzar con Sara. Prefería comer en el bar del balneario o pedir que me llevaran la comida a la carpa. A la noche me iba a caminar por la ciudad y cuando volvía al hotel encontraba a Sara sentada en el balcón, a oscuras.

Me había comprometido a llamar al jefe de Sara no bien tuviéramos alguna noticia y lo hice después de la consulta a la que fui sin ella. Además, tenía que avisarle que el neurólogo había extendido la licencia en principio por un mes más. Su jefe me dijo que hacía bastante que notaba cierta dificultad en Sara para comprender lo que le pedía, pero que él siempre lo había asociado con el estrés del trabajo y nunca le había parecido algo demasiado grave hasta que tuvo el episodio aquel viernes. Estaban los dos yendo a la reunión anual de las droguerías. Iban en el auto y él le pidió a Sara que lo comunicara con el asesor del ministro de salud de la provincia. Sara llamó desde su celular: «Habla la secretaria del doctor..., del doctor..., del doctor...». Y ahí se quedó bloqueada hasta que apartó el celular y le pidió a su jefe: «Perdone, doctor, recuérdeme su nombre, por favor».

Hay momentos en que a Sara la veo muy triste. Me da miedo que de a poco vaya perdiendo la alegría por las cosas y que se transforme en una persona completamente triste por la pérdida de las palabras. Yo me había enojado mucho con ella en Mar del Plata y, aunque no quiero pensarla así, hay una imagen de ella que en estos días me vuelve. Sara a oscuras, sola, en el balcón, en silencio.

En todos estos meses su jefe nunca dejó de llamarla y sus compañeros se turnaron para llamarla también. Ella no quiere atenderlos porque dice que se pone nerviosa cuando no sabe lo que le preguntan o cuando no le salen las palabras. Pero le gusta sentarse a escuchar los mensajes que le dejan, aunque a veces tiene que anotar en su libreta algunas palabras que después busca en el diccionario o me pregunta a mí.

Hace un tiempo la llamó una de sus compañeras y le dejó un mensaje que escuchamos juntos. Era un mensaje relativamente largo, le contaba incluso algunas cosas de su jefe que a Sara la hicieron reír. Aunque estaba preparada con la libreta abierta y la lapicera en mano, no escribió ninguna palabra porque ese día entendió todas. Sin embargo, antes de cortar su compañera dijo: «Volvé pronto, amiga». En ese momento Sara se perdió otra vez. Primero me pidió que le definiera qué era una amiga, pero mi explicación le resultó confusa y buscó la palabra en el diccionario. Cuando la leyó se enojó conmigo.

—Vos decís una cosa y el diccionario dice otra, ¿en qué quedamos?

Las listas de palabras y definiciones de Sara son cada vez más largas. A veces son palabras que ella escucha en algún programa de televisión o en una charla con algún vecino, o que lee en los libros: hijos, anteojos, sumar. Rey Lear es una de las pocas frases que Sara anotó en la libreta y también una de las primeras, de hecho, está en la lista de inicio, pero por alguna razón hasta hoy Sara no ha completado su significado.

Hay días en que la enfermedad de Sara no parece algo tan grave. Quién no se olvida de algunas palabras, de cómo se dicen las cosas. Después de todo, me digo, quién no tiene lagunas, y me ilusiono con que todo puede ser manejable y que podemos seguir teniendo una vida, nuestra vida. Pero eso no me dura mucho, la mayor parte del tiempo vivo amargado.

No sé bien por qué a veces reviso a escondidas las listas de palabras que Sara escribe en su libreta. Hace ya unos meses, entre un listado y otro, Sara empezó a intercalar algunas poesías que ella misma escribió hace dos años cuando participó en un taller de escritura.

Cuando escribo,
cada oración es un banco
de niebla que atravieso.

Cómo puede ser, me pregunto cada día y hasta llamé por teléfono al neurólogo para que me lo explicara, cómo puede ser que una persona que escribió poesías tenga problemas con las palabras. Cada oración es un banco de niebla que atravieso. ¿Por qué escribió eso hace dos años?

Lo del robo fue hace dos semanas. Era domingo y Sara había salido a comprarme un regalo para nuestro aniversario. Yo me quedé durmiendo la siesta y ella fue caminando hasta el shopping. Quería comprarme un par de zapatos marrones con suela anatómica que habíamos visto juntos y a mí me habían gustado mucho. Para colmo, era domingo y era temprano, a esa hora las calles están vacías. Sara fue caminando por la calle de atrás para cortar camino. Dice Sara que el chico no tendría más de catorce o quince años. Se le cruzó y la amenazó con una navaja. Le clavó la punta de la navaja en la cintura y la llevó así hasta el cajero que está a tres cuadras del shopping. Cuando llegaron Sara abrió la cartera y sacó la tarjeta de crédito de la billetera dispuesta a darle todo lo que tenía en la cuenta, pero el pibe estaba muy nervioso.

—¡Rápido! —le dijo el chico y le clavó la punta de la navaja en el cuello—, poné la tarjeta y marcá los números. Sara recuerda la clave de nuestras tarjetas perfectamente, es más, opera en el cajero en forma habitual, pero cuando el chico dijo la palabra números, se bloqueó y no supo qué tenía que hacer. Números es una de las primeras palabras que Sara perdió.

—¿Qué me estás diciendo?

—Marcá los números, te digo, ¿o no me oís? —le gritó el chico—, ¡apurate!

Alguien habrá pasado por la vereda, habrá visto algo raro y habrá avisado a la policía, no sé, pero cuando el chico oyó la sirena la agarró de la nuca y le empujó la cabeza hacia adelante hasta golpearla contra el filo de la pantalla.

—¡Me boludeás, hija de puta! —le dijo, y volvió a golpearle la cabeza contra el filo del cajero—, ¡te pido los números y me boludeás!

Después salió corriendo con la cartera de Sara y ya no pudieron agarrarlo.

En la guardia le cosieron la frente y le dieron un tranquilizante para que pudiera descansar, pero esa noche Sara no quiso acostarse hasta no volver a escribir en la libreta la palabra números y su significado. Creo que es la única palabra que se repite en dos listados, o más. Desde ese día Sara lleva la libreta cuando sale de casa. A mí me preocupa esa herida en la frente, que le supura a pesar de los antibióticos que está tomando, que tarda tanto en cicatrizar y que por momentos hasta parece que no se le curará nunca. Ella la tapa con el mechón, pero no es eso lo que me preocupa, no es la estética lo que me amarga, sino la herida y el riesgo que corre Sara cada día en la calle y en todos lados.

Hace bastante que no vamos al teatro. Por las noches nos quedamos mirando un rato de televisión o nos acostamos temprano.

Cada día vamos organizando la vida como podemos.

—Alcanzame la cosa blanca, Mario —me dice ella.

Y si estamos en la cocina, le doy la sal, el azúcar, la harina. Si estamos en la habitación, le alcanzo una crema que se pone todas las noches en la cara y que siempre se olvida sobre la cómoda, y si no es la crema, pruebo con el almohadón de plumas que se pone en la espalda para leer. Pero si mientras me dice que le alcance la cosa blanca, señala en dirección al baño, voy y le traigo la pasta dental, la toalla, el algodón. Otras veces no, otras veces no puedo saber qué es esa maldita cosa blanca que Sara me pide y me desespero y no sé qué hacer.

—¿Querés que caminemos un rato? —le digo los domingos de sol.

—¿Caminar? —me pregunta ella.

—Sí, caminar, dar una vuelta por el barrio —le explico—, andar un rato por ahí.

A Sara siempre le gustó leer y en todas las consultas el neurólogo le insiste en que no tiene que dejar de hacerlo, aunque sea unas pocas páginas por día. Ayer por la tarde, antes de irnos a cenar al restaurante, Sara estuvo leyendo la nueva novela que su jefe le regaló por el día de la secretaria.

—¿Cómo va la historia? —le pregunté cuando cerró el libro.

—Más o menos —me dijo—, hoy entendí poco y nada.

Las listas de palabras que Sara escribe en la libreta crecen semana tras semana. Algunos días, cada vez más seguido en el último tiempo, nos sentamos en la cocina y las leemos juntos. Son palabras que perdieron todo sentido para Sara, que ya no le significan nada. Me gustaría tanto saber qué palabras son las más necesarias para vivir. Cuáles son imprescindibles para Sara para sobrevivir día a día, me ilusiono pensando que algún día podré inventar un método para ayudarla.

Unos días antes del robo, mientras leíamos en la cama el último de sus listados (llovía, cielo, peras y espinacas), encontré otro de los poemas que Sara había escrito cuando iba al taller.

Las preguntas entonces empiezan
a dar vueltas y vueltas a mi alrededor.
Me zumban como moscardones
cuando me subo al subte
y cuando voy al banco
y hago la fila para pagar
el teléfono,
y cuando compro el pan
y el vino.
Cosas como esas,
la búsqueda
de una palabra,
me llevan un día entero.

No sé por qué ahora Sara nunca me habla de esos poemas. Cuando los escribió, solía leérmelos no bien salía del taller. Tampoco sé por qué los copia ahora en la misma libreta con los listados de palabras que ya no entiende o que no puede decir. Yo los leo en silencio y nunca le había dicho nada, hasta que encontré el poema de las preguntas que Sara agregó unos días antes del robo.

—¿Este también lo escribiste vos? —le pregunté.

Cerré la libreta, la abracé y nos besamos.

Esa noche lo hicimos por última vez.

—No sé qué va a pasar con todo esto —me dijo Sara.

Hay días en que se hace difícil entenderla porque sus frases, cada vez con menos palabras, empiezan a ser cortadas y a veces resultan confusas o suenan incoherentes.

—¿Todo esto?

—Sí, si sigo perdiendo palabras ya no voy a poder hacerlo, ¿sabés?

Lo dijo mientras nos desnudábamos y no se puso triste ni nada, solo lo dijo.

—No entiendo lo que me querés decir, Sara.

—Eso, que sin palabras no voy a poder hacerlo.

Hablaba tranquila y lo repitió mientras me acariciaba la espalda. Que para el sexo también necesitamos las palabras, así me dijo, y que ella pensaba eso, que quizás ya no iba a poder seguir haciéndolo. No le contesté, no quería seguir hablando de ese tema, qué tiene que ver el sexo con las palabras, por favor, qué tiene que ver. No le contesté, aunque después, mientras le acariciaba los pechos, me pregunté si Sara ya había olvidado la palabra pechos. Y mientras la besaba me preguntaba si Sara recordaría aún las palabras pezón, cuello, entrepierna, labios. Qué palabras, de las que yo susurraba ahí, en la intimidad, los cuerpos desnudos, qué palabras, me pregunté, buscaría Sara al día siguiente en el diccionario para entender el significado de lo que habíamos hecho, para comprender el sentido de lo que nos había pasado la noche anterior.

Hace apenas una semana Sara salió del baño desencajada. Se había terminado de duchar y tenía la misma cara que aquella vez que entró en el hotel después de que el peluquero le había cortado su mechón. Llevaba una toalla atada a la altura de los pechos, estaba peinada pero con el pelo todavía mojado, de hecho, le chorreaban algunas gotas sobre los hombros desnudos.

—Mario —me preguntó sosteniéndose el mechón en la mano— ¿cómo se llama esto que me cae sobre la frente? No pude contestarle, me quebré. Lloramos los dos, pero esa tarde ni siquiera pudimos abrazarnos y tuvimos que llorar separados.

A la mañana siguiente me levanté mientras Sara todavía dormía. Busqué su libreta en la cartera y leí lo último que había escrito.

No hay palabras.

Y en la página Sara corrigió, o escribió una nueva versión, no sé, o simplemente volvió a escribir.

No tengo palabras.

Ayer fue nuestro aniversario. Fuimos a cenar a un restaurante que está frente a la plaza. Antes de salir nos dimos los regalos. Ella me regaló un reloj. Después del robo había vuelto al shopping a comprar los zapatos anatómicos, pero cuando el vendedor le preguntó qué número, Sara se fue del local y terminó comprando un reloj en el negocio de enfrente. Yo le regalé un par de peinetas que conseguí en la perfumería aquella.

—Lleve estas —me había sugerido la empleada—. Son francesas, nacaradas y tienen estas pequeñas perlas, ¿no son finísimas?

A Sara le gustaron tanto que las quiso estrenar esa misma noche para ir a la cena en el restaurante. Elegimos una mesa en el parque. Una cantante mejicana cantaba boleros acompañada por dos hombres con guitarras y una mujer muy mayor que tocaba el violín. A Sara no le gustan las canciones de amor porque dice que son cursis y machistas, sin embargo, seguía el ritmo de la música con el movimiento de los dedos sobre la mesa y parecía alegrarse con los boleros de la mejicana.

—¿Te gusta? —le pregunté a Sara.

Ella levantó los hombros.

Pedimos champán bien helado. Mientras el mozo nos llenaba las copas, Sara leyó en voz alta las tres sugerencias del día y le preguntó por la primera.

—¿Ostiones y merluza verde? Parece que tiene buen paladar la señora —dijo el mozo y le describió el plato, los ingredientes, la preparación y las guarniciones que podíamos elegir.

Nos reímos cuando el mozo se fue.

—Te las estás rebuscando bastante bien —le dije.

—¿Por qué brindamos? —preguntó ella.

—Decí vos.

—No, decí vos.

Volvimos a reírnos, pero chocamos las copas en silencio. Ella hizo con la cabeza ese gesto tan suyo de tirar el mechón hacia atrás para despejar la frente. A pesar de la cicatriz y a pesar de todo, sigue siendo una mujer hermosa.

—Sara —le dije— yo te quiero como el primer día.

—¿En qué sentido, Mario?

—En el sentido del amor —le contesté—. Te amo.

Esa noche también hablamos con la luz apagada antes de dormirnos. A Sara le habían gustado los ostiones y que el champán estuviera bien frío.

En el silencio de la noche se oía nuestra respiración.

Me dijo que todo había salido muy bien, pero que yo le había dejado poca propina al mozo.

—¿Cómo poca?

—Poca, Mario, poca —me dijo.

Tanteé a oscuras su mechón.

—Sara.

—¿Qué?

—¿Vos me amás a mí?

—¿Qué me estás preguntando? —dijo ella.

Me pareció que su respiración se hacía más fuerte, pero enseguida me di cuenta de que no, no era su respiración, sino un suspiro.

—¿A qué te referís?

—Al amor, Sara —le contesté—. Me refiero al amor.

Mientras hablábamos en la oscuridad del cuarto, yo tenía los ojos abiertos y no sé por qué me imaginé que ella también y que, aunque estuviéramos completamente a oscuras, los dos hablábamos con la mirada clavada en el techo.

—No sé, Mario —dijo—, no sé.

Sentí el cuerpo de Sara muy cerca del mío.

—¿El amor cómo? —me preguntó.

A mí me hubiese gustado tanto encontrar otra manera de preguntárselo.

Sara me insistió:

—Explicame, por favor, ¿de qué hablás?

Yo hubiese querido tener más palabras para poder preguntarle lo mismo de otro modo.

Ella acercó aún más su mano a la mía.

—Mario, ¿en qué sentido me lo estás diciendo?

No dije nada, ya no pude, tampoco hay tantas maneras de decir la misma cosa.

Sara volvió a suspirar. Fue un suspiro tan largo esta vez que me pareció que iba vaciarse.



Ángela Pradelli es escritora y profesora en Letras, y ha ejercido la docencia en escuelas secundarias. Ha publicado *Las cosas ocultas* (ediciones del dock), *Amigas mías* (Emecé), *Turdera* (Emecé), *El lugar del padre* (Alfaguara), *Cómo se empieza a escribir una narración* (ediciones Centro Cultural Ricardo Rojas), *Libro de lectura, crónica de una docente argentina* (Emecé), *Combi* (Emecé) y *La búsqueda del lenguaje, experiencias de transmisión* (Paidós). En poesía publicó *Un día entero* (ediciones del dock). Es antóloga junto con Esther Cross de *La Biblia según veinticinco escritores argentinos*. Obtuvo, entre otros, los premios Emecé, Clarín, Municipal de Novela, Fondo Nacional de las Artes, ADEPA, y fue finalista en poesía del Premio Casa de las Américas. Coordina talleres de escritura en distintos países. Sus notas sobre educación y lenguaje se publican en diferentes medios. Trabajó como escritora en Estados Unidos (2004) y en las ciudades de Ginebra (2010) y Zurich (2012). Es coordinadora en la Argentina de la Cátedra Latinoamericana y del Caribe de Lectura y Escritura.

Este relato contó con la asesoría científica del **Dr Facundo Manes**

Facundo Manes M.D.

Director, Institute of Neurosciences. Favaloro University

www.fundacionfavaloro.org/IN_neurociencias.htm

Professor of Neurology and Cognitive Neuroscience.

Favaloro University. Buenos Aires. Argentina

Professor of Experimental Psychology. University of South Carolina. USA

Director, Institute of Cognitive Neurology (INECO). Buenos Aires. Argentina



Intra*Med*

www.intramed.net

